

zas de la ciencia podrán hacer que renuncien á sus quimeras los apóstoles del nuevo dogma. Sus tentativas representan un nuevo aspecto de la eterna aspiración de la humanidad á la conquista de su dicha, de la especie de Hespérides que desde la aurora de la historia los pueblos han perseguido siempre. Los delirios igualitarios no querrán acaso menos que las viejas ilusiones que nos dominan desde los primitivos tiempos, si no han de chocar pronto con la roca inquebrantable de las desigualdades naturales, y que, con la vejez y la muerte, forman parte muy señalada de las iniquidades aparentes de que se halla plagada la Naturaleza y tienen los hombres que sufrir.

LIBRO PRIMERO

Los caracteres psicológicos de las razas.

CAPÍTULO PRIMERO

EL ALMA DE LAS RAZAS

Cómo clasifican los naturalistas las especies.—Aplicaciones de sus métodos al hombre.—Aspecto defectuoso de las clasificaciones actuales de las razas humanas.—Fundamento de una clasificación psicológica.—Los tipos medios de las razas.—Cómo mediante la observación se les puede reconstituir.—Factores psicológicos que determinan los tipos medios de las razas.—La influencia de los antepasados y las de los inmediatos parientes.—Fondo psicológico común que poseen todos los individuos de una raza.—Inmensa influencia ejercida por las generaciones pasadas sobre las presentes.—Razón matemática de tal influencia.—Cómo el alma colectiva se ha extendido de la familia á la villa, de ésta á la ciudad y de la ciudad á la provincia.—Ventajas é inconvenientes de la concepción de la ciudad.—Circunstancias en las cuales la formación del alma colectiva es imposible.—Ejemplo de Italia.—Cómo las razas naturales han dado lugar á las históricas.

Los naturalistas fundan sus clasificaciones de las especies en la comprobación de ciertos caracteres anatómicos que se reproducen por la heren-

cia con regularidad y constancia. Sabemos hoy que estos caracteres se transforman por la acumulación de modificaciones hereditarias imperceptibles; pero si no se les considera más que durante el transcurso de los tiempos históricos, entonces bien se puede afirmar que las especies son invariables.

Aplicados al hombre los métodos de clasificación de los naturalistas, permiten establecer cierto número de tipos perfectamente determinados. Basándose en caracteres anatómicos muy perceptibles, tales como el color de la piel, la forma y la capacidad del cráneo, ha sido posible asegurar que el género humano comprende muchas especies bien distintas y de orígenes diferentes. Para los sabios respetuosos con las tradiciones religiosas, estas especies son simplemente razas. Pero, como se ha dicho con razón, «si el negro y el caucasiano fueran caracoles, todos los zoólogos dirían con unanimidad que constituyen especies diferentes que no han podido nunca provenir de un mismo tronco, del cual se hayan separado gradualmente».

Aquellos caracteres anatómicos, poco importantes, que mediante el análisis se pueden señalar, no permiten sino clasificaciones muy superficiales. Las diferencias bien marcadas no aparecen sino entre especies humanas bastante distintas, como, por ejemplo, los blancos, los negros y los amarillos. Pero pueblos muy semejantes por su aspecto físico pueden diferenciarse mucho unos de otros

por su manera de sentir y proceder y, por lo mismo, por su civilización. ¿Es posible, pues, clasificar en un mismo grupo á un español, un inglés y un árabe? Las diferencias mentales que hay entre ellos ¿no se muestran á todas las miradas ni se observan en todas las páginas de sus sendas historias?

Á falta de caracteres anatómicos, se ha pretendido apoyar las clasificaciones de ciertos pueblos, sobre diversos elementos, tales como los idiomas, las creencias y las agrupaciones políticas; pero semejantes clasificaciones no resisten apenas al más ligero examen.

Los elementos de clasificación que la anatomía, las lenguas, el medio, las agrupaciones políticas no suministren, nos los da la psicología. Esta enseña que en el fondo de las instituciones, las creencias, las artes y los trastornos políticos de cada pueblo, se encuentran ciertos caracteres morales é intelectuales, de los que se deriva su evolución. Estos son los caracteres cuyo conjunto forma lo que se puede llamar el alma de una raza.

Cada raza posee una constitución mental tan permanente como su constitución anatómica. Que la primera estriba en una cierta estructura particular del cerebro, no es dudoso; pero la ciencia no está todavía lo bastante adelantada para mostrarnos esta estructura; nos hallamos en la imposibilidad de tomarla por base. Su conocimiento no hará que se mo-

difique lo más mínimo la descripción de la constitución mental derivada de ella y que nos es revelada por la observación.

Los caracteres morales é intelectuales de cuya asociación se forma el alma de un pueblo, representan la síntesis de todo su pasado, la herencia de todos sus antecesores y los móviles de su conducta. Parecen muy variables entre los individuos de una misma raza; pero la observación prueba que la mayoría de esta misma raza posee siempre cierto número de caracteres psicológicos comunes tan estadzicos como los caracteres anatómicos que permiten clasificar sobre una base fija las especies. Como estos últimos, los caracteres psicológicos se reproducen por la herencia, con una constante regularidad.

Este conjunto de elementos psicológicos observables entre todos los individuos de una raza, forman lo que se llama con razón carácter nacional. La suma de tales elementos constituye el tipo medio que permite definir á un pueblo. Mil franceses, ó mil ingleses, ó mil chinos, tomados al acaso, diferéncianse notablemente entre sí; pero poseen, sin embargo, caracteres comunes que permiten construir un tipo ideal de franceses, de ingleses y de chinos, análogo al tipo ideal que presentan los naturalistas cuando describen genéricamente ya el perro, ya el caballo. Para ser aplicables á las diversas variedades de animales de uno ú otro género,

respectivamente las descripciones de los tipos genéricos aludidos, no pueden comprender sino los caracteres comunes á todas aquéllas y no los que sólo servirían para distinguir sus numerosos ejemplares.

Á poco que una raza sea suficientemente antigua y por consiguiente homogénea, su tipo medio es lo bastante saliente para impresionar en seguida la mente del observador.

Cuando visitamos un pueblo extranjero, los caracteres que únicamente nos impresionan de un modo profundo, porque se repiten constantemente ante nosotros, son los caracteres comunes á todos los habitantes del país visitado. Las diferencias individuales son poco repetidas y fácilmente se borran de nuestra conciencia; y bien pronto, no sólo distinguimos con rapidez un francés, un inglés y un español, sino que les atribuimos, respectivamente, ciertos caracteres morales é intelectuales que son precisamente aquellos fundamentales de que antes hemos hablado. Un inglés, un gascón, un normando, un flamenco pertenecen á tipos bien definidos en nuestro espíritu y que podemos describir con exactitud. Aplicada la descripción á un solo individuo podrá ser insuficiente y hasta inexacta; pero aplicada á la mayoría de los individuos de alguna de estas razas, los comprenderá bien á todos. El trabajo casi inconsciente que da nuestro intelecto para determinar el tipo físico y mental de un pueblo es idéntico, en esencia, al mé-

todo que emplea el naturalista para clasificar las especies.

Esta estrecha semejanza en la constitución mental de la mayor parte de los individuos de una raza tiene razones fisiológicas muy simples. Cada individuo, en efecto, no es solamente el producto de sus padres, sino el de su estirpe también, es decir, el de toda la serie de sus ascendientes. Un sabio economista, M. Cheysson, ha calculado que, en Francia, suponiendo el paso de tres generaciones por cada siglo, cada uno de los hombres del día tendrá en las venas sangre lo menos de 20 millones de contemporáneos del año 1000. «Todos los habitantes de una misma localidad ó de una misma provincia tienen, pues, necesariamente, antepasados comunes, son pasta de una misma tierra, llevan el mismo sello, están modelados según el tipo medio que predomina en la larga cadena de las generaciones, de la cual ellos no son sino los últimos anillos. Somos á la par los hijos de nuestros padres y de nuestra raza. No es solamente el sentimiento, sino que también la fisiología y la herencia, los agentes que hacen para nosotros de la patria una segunda madre.»

Si se quiere traducir á lenguaje mecánico las influencias á que se halla sometido el individuo y que dirigen su conducta, se puede afirmar que son de tres clases. La primera, que es la más importante, la influencia de los antepasados; la segunda,

la influencia de los parientes inmediatos; la tercera, que de ordinario es tenida como la más poderosa y que, sin embargo, es la más débil, consiste en la influencia del medio. Esta comprende las diversas influencias morales y físicas á que durante su vida se halla el hombre sometido y más especialmente durante su educación, y que no producen por cierto en él sino modificaciones de poca importancia; que la influencia del medio no es realmente eficaz sino cuando obra en el mismo sentido á que se inclinan las aptitudes acumuladas en el hombre por la herencia.

Se puede, pues, asegurar que el hombre es, ante todo, el representante de su propia raza. El conjunto de ideas y sentimientos que todos los individuos de un mismo país aportan, desde que nacen forman el alma de la raza. Sér invisible en su esencia y harto visible en sus efectos, pues que, en realidad, rige toda la evolución del pueblo á que corresponde.

Se puede comparar una raza al conjunto de las células que constituyen un sér viviente. Estos millones de células tienen corta duración y, en cambio, el sér formado por ellas tiene larga vida; las células, pues, se manifiestan bajo una existencia individual, *de cada una de ellas*, y otra existencia colectiva: la del sér cuya substancia forman. Cada individuo de una raza tiene también una vida individual breve y otra colectiva muy larga. Esta úl-

tima es la de la raza de que ha nacido, que contribuye á perpetuar y de la cual depende siempre.

La raza debe considerarse como un sér permanente, por encima del tiempo. Este sér no sólo está compuesto de los individuos que le constituyen, sino que también de la extensa serie de difuntos que fueron los antepasados de ellos. Para comprender la verdadera significación de la raza es necesario considerarla prolongándose á la vez en el pasado y en el porvenir como dos proyecciones simultáneas lanzadas desde el presente. Así como son los muertos infinitamente más numerosos que los vivos, son también infinitamente más poderosos. Ellos imperan en los inmensos dominios de lo inconsciente, de estos inmensos dominios, que comprenden en sí todas las manifestaciones de la inteligencia y del carácter. Es, pues, todo pueblo, mucho más que por sus vivos, conducido por sus muertos. Las generaciones extinguidas no sólo nos imponen su constitución física: nos imponen asimismo sus ideas. Los muertos son los solos dueños indiscutibles de los vivos. Sufrimos la expiación de sus faltas y recibimos las recompensas de sus virtudes.

La formación de la constitución mental de un pueblo no necesita, como la de las especies animales, de esas edades geológicas cuya inmensa duración escapa á todos nuestros cálculos. Exige, no obstante, un tiempo largo. Para crear en un pueblo como el francés, y esto en un grado muy

débil, la comunidad de pensamientos y sentimientos que forman su alma, se han necesitado más de diez siglos (1). La obra más importante acaso de nuestra Revolución ha sido activar esta formación, acabando casi por quebrantar las pequeñas nacionalidades: picardos, flamencos, borgoñones, bretones, provenzales, etc., entre las cuales hallábase de antiguo dividida Francia. Es necesario que la unificación sea completa y, sobre todo,

(1) Este tiempo, muy largo para nuestros anales, no representa, en realidad, gran cosa para la historia de la humanidad, pues sólo comprende treinta generaciones. Si un tiempo así relativamente restringido basta para fijar ciertos caracteres, no hay duda que desde que una causa comienza á obrar en determinado sentido sobre el hombre produce rápidamente grandes efectos. Las matemáticas muestran que cuando una causa persiste en producir un determinado efecto, las causas crecen en progresión aritmética (1, 2, 3, 4, etc.) y los efectos en progresión geométrica (2, 4, 8, 16, 32, etc.) *Las causas son los logaritmos de los efectos.* En el famoso problema de los granos de trigo sobre las casillas del tablero de damas, el número de orden de éstas es el logaritmo de los granos de trigo. También para una suma colocada á interés compuesto, la ley del crecimiento es tal que el número de años es el logaritmo del capital acumulado. Por razones de este orden, la mayor parte de los fenómenos sociales pueden representarse por curvas geométricas bastante semejantes. En otro trabajo llegué á demostrar que estas curvas pueden expresarse por la ecuación de la parábola ó de la hipérbola. Mi sabio amigo M. Cheysson piensa que se pueden traducir mejor con más frecuencia, por una ecuación exponencial.

porque está nuestra nación compuesta de muy diferentes razas, y por consecuencia de su diferencia de ideas y sentimientos, es por lo que somos víctimas de multitud de disentimientos interiores, lo cual no sucede entre pueblos homogéneos, como el pueblo inglés, por ejemplo.

En este último, los sajones, los normandos, los antiguos bretones, han concluído por formar, fusionándose, un tipo muy homogéneo y, por consiguiente, también es homogénea su conducta. Gracias á esta fusión han concluído por reunir las tres bases fundamentales del alma de un pueblo: sentimientos comunes, intereses comunes y creencias comunes. Cuando las naciones llegan á este punto hay acuerdo instintivo entre todos sus miembros, sobre todas las grandes cuestiones y en su seno jamás brotan disentimientos transcendentales.

Esta comunidad de sentimientos, de ideas, de creencias, de intereses, creada por acumulaciones hereditarias, dan á la constitución mental de un pueblo una gran identidad y una gran fijeza. Ella les asegura también á los pueblos un gran poder. Ella dió á Roma su grandeza, en la antigüedad, y á Inglaterra, en nuestros días. Cuando se separan de ella los pueblos, se disgregan. El papel de Roma en el mundo, concluyó cuando perdió aquella comunidad. Ha existido siempre entre todos los pueblos y en todas las edades ese complejo de ideas, de tradiciones y de creencias hereditarias que for-

ma el alma de una colectividad de hombres; pero su extensión progresiva se ha realizado de una manera muy lenta. Restringida primeramente en la familia y gradualmente propagada á la aldea, á la ciudad, á la provincia, el alma colectiva no se extiende á todos los habitantes de un país hasta una época muy moderna. Sólo entonces ha nacido la idea de patria tal como nosotros la conocemos hoy, la cual no es posible sino cuando se ha formado el alma nacional. Los griegos no llegaron á elevarse por encima de la noción de *ciudad*, y sus diferentes ciudades estuvieron de continuo guerreando unas con otras, porque permanecían extrañas entre sí. La India, tras dos mil años, no ha conocido otra unidad colectiva política más amplia que *la villa*, y es porque durante esos dos mil años los indios han permanecido bajo el imperio de dueños extranjeros, de los cuales los efímeros señoríos se han deshecho con la misma facilidad que se han formado.

Muy débil desde el punto de vista del poder militar el concepto de *la ciudad* como patria exclusiva, por el contrario es muy fuerte desde el del desarrollo de la civilización. Menos grande que el alma de la patria, la de la ciudad fué en cambio más fecunda. Florencia y Venecia, en la Edad media, nos mostraron hasta dónde puede llegar la civilización en tan reducidas aglomeraciones de individuos.

Cuando las ciudades ó las provincias han gozado

durante largo tiempo de una vida independiente, acaban por poseer un alma colectiva tan peculiar y permanente que su fusión con otras ciudades ó provincias vecinas para formar un alma nacional se hace casi imposible.

Para que una fusión así se pueda producir, es decir, para que los elementos concurrentes no se repugnen y contrapesen, ha de transcurrir mucho tiempo: es ésta labor de siglos. Hace falta un Richelieu ó un Bismark para concluirla; pero no la llevarían á término si ya no estuviera de antemano elaborada durante largo tiempo. Un país puede llegar bruscamente, como Italia, por consecuencia de circunstancias excepcionales, á formar un solo Estado; pero será un error creer que á la vez adquiere un alma nacional. Vemos en Italia piamonteses, sicilianos, venecianos y romanos, pero no vemos italianos aún.

Cualquiera raza que se considere hoy, sea ó no sea homogénea, por el hecho de ser civilizada y ocupar desde tiempo ha un lugar en la historia, es necesario considerarla como una raza artificial y no como una raza natural. Razas naturales no se hallan hoy sino entre los pueblos salvajes. Sólo entre éstos se pueden hallar pueblos exentos de toda mezcla. La mayor parte de las razas civilizadas no son sino *razas históricas*.

Nosotros no tenemos por qué preocuparnos ahora de los orígenes de las razas. Que hayan ó no

hayan sido formadas por la Naturaleza poco importa. Lo que nos interesa es conocer sus caracteres tales como un largo pasado les ha constituido. Mantenidos durante siglos por unas mismas condiciones de existencia y acumulados por la herencia, estos caracteres han concluído por adquirir una gran fijeza y por determinar el tipo de cada pueblo.

CAPÍTULO II

LÍMITE DE VARIABILIDAD DEL CARÁCTER DE LAS RAZAS

La variabilidad del carácter de las razas y no su estabilidad, constituye su apariencia.—Razón de esta apariencia.—Invariabilidad de los caracteres fundamentales y variabilidad de los secundarios.—Asimilación de los caracteres psicológicos á los irreductibles y á los modificables de ciertas especies animales.—El medio, las circunstancias y la educación influyen solamente sobre los caracteres psicológicos accesorios.—Las posibilidades del carácter.—Ejemplos suministrados por diversas épocas de la historia.—Los hombres de *el Terror*.—Lo que hubieran sido en otras épocas.—Cómo á pesar de la Revolución persisten los caracteres nacionales.—Ejemplos diversos.—Conclusión.

No es sino estudiando atentamente la evolución de las civilizaciones como se comprueba la tenacidad de la constitución de las razas. A primera vista es la variabilidad y no la estabilidad lo que parece ser la regla general. La historia de los pueblos puede en efecto hacer suponer que el alma de los mismos experimenta transformaciones muy rápidas y profundas. ¿No parece, por ejemplo, que hay gran diferencia entre los respectivos caracteres de un inglés del tiempo de Cronwel y uno de ahora? El italiano actual, circunspecto y sutil ¿no pa-

rece muy diferente del italiano impulsivo y feroz que nos describe en sus memorias Benvenuto Cellini? Sin ir tan lejos y limitándonos á Francia, ¡qué de cambios aparentes en el carácter en un corto número de siglos y hasta solamente de años! ¿Cuál es el historiador que no ha notado diferencias en el carácter nacional operadas en el siglo XVII y el XVIII? ¿Y no parece que media un mundo entre el carácter de nuestros feroces convencionales y el de los esclavos de Napoleón I? Son los mismos hombres y sin embargo parece que han cambiado notablemente en el espacio de algunos años.

Para explicar las causas de estos cambios, nosotros diremos ante todo que la especie psicológica está, como la especie anatómica, formada de un pequeñísimo número de caracteres fundamentales irreductibles, alrededor de los cuales se agrupan los caracteres accesorios modificables y cambiantes. El domador que transforma la estructura aparente de un animal, y el jardinero que modifica el aspecto de una planta hasta el punto de que, á no ser un ojo muy experimentado no se la reconoce, no han cambiado en lo más mínimo los caracteres fundamentales de la especie, no han influido más que sobre sus caracteres accesorios. No obstante todos los artificios, los caracteres fundamentales tienen siempre á reaparecer á cada nueva generación.

La constitución mental también tiene caracteres fundamentales inmutables como los caracteres ana-

tómicos de las especies; pero posee asimismo caracteres accesorios modificables. Estos son los únicos que el medio, las circunstancias, la educación y otros agentes pueden modificar y cambiar.

Es necesario también notar, y este punto es esencialísimo, que en nuestra constitución mental poseemos todas ciertas posibilidades de carácter á las que las circunstancias no dan siempre ocasión de manifestarse. Cuando ellas aparecen una personalidad nueva surge *ipso facto* también, más ó menos efímera. Por esto, en las épocas de grandes crisis religiosas y políticas, se observa que se realizan cambios momentáneos de carácter, tales que parece que las costumbres, las ideas, la conducta, todo, en fin, ha cambiado... Todo ha cambiado, en efecto, como la superficie del tranquilo lago agitado por el temporal; pero es raro que sea esto duradero.

Es por razón de estas posibilidades de carácter puestas en acción por ciertos excepcionales acontecimientos, por lo que los actores de las grandes crisis religiosas y políticas se nos aparecen como seres excepcionales, de una esencia superior á la nuestra, colosos de los cuales los demás hombres son como hijos degenerados. Son, sin embargo, hombres como nosotros, en los cuales las circunstancias han puesto simplemente en juego ciertas posibilidades de carácter, que poseemos todos. Tomemos, por ejemplo, los genios de *la Convención*, que pusieron á toda Europa en armas y enviaban

á sus adversarios á la guillotina, por una simple contradicción. Eran en el fondo pacíficos y honrados burgueses, como nosotros, que en tiempos ordinarios hubiesen probablemente permanecido en el fondo de su estudio, de su gabinete, de su oficina, llevando la existencia más tranquila y más sencilla. Acontecimientos extraordinarios hicieron vibrar ciertas células de su cerebro, inutilizadas en su estado ordinario, y formaron de ellos esas figuras colosales que la posteridad ni alcanza á comprender siquiera. Cien años más tarde que aquellos de la gran Revolución, Robespierre hubiera sido sin duda sólo un honrado juez de paz, muy amigo de sus deberes; Fouquier-Tinville, un juez de instrucción, que poseería un poco más acaso que sus colegas el aspecto y las maneras de las gentes de tal profesión, pero muy estimado por su celo en perseguir á los delincuentes; Saint-Just hubiera sido un excelente maestro de escuela, estimado de sus superiores y muy digno de las palmas académicas, que seguramente hubiese concluído por obtener. Bastará para que no se dude de la legitimidad de esta apreciación considerar lo que hizo Napoleón de los feroces terroristas que no habían tenido aún tiempo de cortarse unos á otros la cabeza. La mayor parte hubiesen sido preceptores, magistrados, prefectos ó jefes de negociado.

Aunque en las épocas de gran agitación social se producen los cambios más inesperados de per-

sonalidad, se hallan también bajo las formas nuevas los caracteres fundamentales de las razas. ¿El régimen centralizador, autoritario y despótico de nuestros rígidos jacobinos fué en realidad diferente del régimen centralizador autoritario y despótico que quince siglos de monarquía habían hecho arraigar en las almas? Detrás de todas las revoluciones de los pueblos latinos se ve siempre este obstinado régimen, este incurable deseo de gobernar, porque es una forma sintética de los instintos de la raza. No fué solamente por la aureola de sus victorias por lo que Bonaparte llegó á ser primer magistrado. Cuando él transforma la República en dictadura, los instintos hereditarios de la raza se manifiestan con suma frecuencia y cada vez con más intensidad, y á falta de un oficial de genio, un aventurero cualquiera es admitido. Cincuenta años más tarde, el heredero de su nombre no tuvo más que presentarse para obtener los sufragios de todo un pueblo, fatigado de libertad y ávido de servidumbre. No fué, pues, Brumario quien hizo á Napoleón, sino el alma de su raza que había él encorbado bajo su talón de hierro (1).

(1) «A su primer gesto — escribe Taine — los franceses se prosternan ante él obedientes, persistiendo como en su condición natural los pequeños, así paisanos como soldados, con una fidelidad animal y los grandes, tanto dignatarios como funcionarios, con una cortesanía bizantina. — Del lado de los republicanos nadie resistió; al contrario, fué

Si la influencia del medio sobre el hombre parece también importante, es porque obra sobre los elementos accesorios y transitorios, y aun sobre las posibilidades de carácter de que ya hemos hablado. En realidad, los cambios no son muy profundos. El hombre más pacífico, exaltado por el hambre llega hasta un grado de ferocidad que le hace capaz de los mayores crímenes y aun á devorar á sus semejantes ¿Y se dirá por esto que su carácter ha cambiado definitivamente?

Las condiciones de la civilización conducen á algunos á la extrema riqueza y á todos los vicios que inevitablemente la acompañan; ellas crean entre los demás hombres grandes necesidades, sin darles los medios de satisfacerlas, resultando de ello un descontento y un malestar general que influirán sobre la conducta y provocarán trastornos de todo género; pero en este descontento y en estos trastornos se manifestarán siempre los caracteres fundamentales de la raza. Los ingleses de los Es-

entre ellos donde halló sus mejores instrumentos para reinar: senadores, diputados, consejeros de Estado, jueces, administradores de todo género. Constantemente bajo sus alardes de libertad é igualdad él ha mostrado sus instintos autoritarios, sus deseos de mandar y de oprimir y aun se cree por mucha gente que apetitos codiciosos. Entre el delegado del Comité de Salud pública y el ministro, el prefecto y aun el subprefecto del imperio, la diferencia fué poca: era el mismo hombre bajo dos vestiduras, primero á la *carmañola* y luego con casaca bordada.»

tados Unidos han llevado á través de su guerra civil la misma perseverancia, la misma energía indomable que han puesto en fundar sus poblaciones, sus universidades y sus fábricas. El carácter no se había modificado; solamente los fines á que se le aplica son los que han cambiado.

Examinando sucesivamente los diversos factores susceptibles de influir sobre la constitución mental de los pueblos, nos convenceremos de que sólo actúan sobre lo que de accesorio y transitorio tiene tal carácter, pero no alteran sus elementos fundamentales, no afectándoles sino por consecuencia de acumulaciones hereditarias muy lentas.

No deduciremos de lo que precede que sean invariables los caracteres psicológicos de los pueblos, sino que, como los caracteres anatómicos, poseen una gran estabilidad. Es por causa de ésta por lo que el alma de las razas cambia tan lentamente durante el curso de las edades.